



prendente. Que el protagonista de la misma sea un español exiliado en los Estados Unidos, ya lo es menos. Este Luis Baroja, minero asturiano, anarquista y antiguo soldado de la República, está hecho de la misma carne y sangre de Sacco y Vanzetti, y por ello el calvario de su juicio, prisión y muerte debe ser igual.

Y es en este sentido en el que debemos poner el primer pero a la obra. Con tanto dolor de corazón y todo el respeto debido a su labor de historiador, es preciso decir que Jackson hace trampa. Porque su novela en realidad no es tal. El drama de Luis Baroja sigue al pie de la letra el vivido realmente por los dos anarquistas italianos. La única diferencia radica en el contexto histórico y sociológico en que tiene lugar el proceso: los italianos fueron juzgados en los años veinte con el fondo de la xenofobia y la histeria antibolchevique de un gran sector de la sociedad americana; en la novela, Luis Baroja es condenado a principio de los años cincuenta, mientras el senador McCarthy se dedicaba a su caza de brujas, la guerra de Corea estaba en su apogeo y Mac Arthur y Eisenhower eran figuras públicas. Naturalmente, para un historiador profesional, como el au-

tor de la novela esta trasposición carece de la menor dificultad y así, al final, ha producido un reportaje histórico con la matización señalada del cambio de fechas y circunstancias.

Por lo demás, Jackson hace mala literatura. Intenta, sin conseguirlo, puntear a la actual generación de novelistas americanos y acercarse a las grandes figuras de la primera mitad de siglo. Pero es fácil darse cuenta de que carece de la minuciosidad de Breiser, de la capacidad de descripción de personajes de Sinclair Lewis, de la fuerza de Upton Sinclair, de la facilidad para narrar de Steinbeck o la plasticidad y soltura de Hemingway. Jackson se muestra premioso en los diálogos y poco creíble en sus situaciones. Las historias de amor que describe bordean el tópico y el más elemental ternurismo de revista del corazón.

Lo que sí tiene en su haber es un magnífico relato dramático. Y ésta es la única salvación de la novela. No es cuestión de la cal y la arena, sino de la constatación real de que esta mala novela puede ser interesante por lo que cuenta, aunque esté mal contado. La aproximación a esa reaccionaria sociedad americana, tan llena de puritanismo religio-

so y de toxido amor por el capitalismo, es algo que siempre fascina. La eliminación legal de un elemento extraño a la marcha "normal" de la historia burguesa sigue teniendo el mismo impacto popular que tuvo cuando sucedió con el líder sindical Joe Hill o los ya mencionados obreros italianos.

Aquí Jackson no se para en barras. Espigando de aquí y de allá, ha conseguido un buen muestrario de arquetipos de la "gran familia" norteamericana. Ese fiscal, Tony Blanchard, miembro de la Legión Americana, que a veces recuerda al Elmer Gantry de S. Lewis y otras al propio McCarthy; el juez Higgins, muy parecido al juez Webster Thayer, que condenó a Sacco y Vanzetti; la familia pequeño-burguesa del abogado Thomas Swarthout, tan cercana a los tipos de Dreiser, etc. Todos ellos son "pastiche" pero aceptablemente logrados.

El título de la novela, sacado de un poema de Carl Sandburg, es la mejor síntesis de lo bueno y lo malo que contiene: un intento honesto y bienintencionado de reconstruir un ayer, fácilmente olvidado por una sociedad satisfecha y con poca capacidad de rubor ante sus actos. Pero, a la vez, en este intento de novela histórica está contenida la falta de imaginación de su autor, que no ha sabido crear un producto original e independiente.

Y, sin embargo, me atrevería, una vez más, a invitar a una lectura de las desventuras melodramáticas de Luis Baroja. Que es lo único que no es melodrama en la novela de Jackson. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

Andalucía, a lo claro

La Editorial Popular publica en su colección "... aloclearo" un libro dedicado a Andalucía. Es un cuaderno apaisado de ochenta páginas, precio asequible (125 pesetas), lleno de datos, con mapas, dibujos, buen papel y maquetación e impresión claras.

Este es ya el octavo título de la colección ("Las elecciones", "Las multinacionales", "Los partidos políticos", "El Ayuntamiento", "La enseñanza", "La economía" y "La delincuencia juvenil"). Ahora se anuncia una segunda parte de "La economía", cuadernos sobre regiones y na-

cionalidades —tras "Andalucía", "Canarias"— y otros sobre "Las medicinas", "Las drogas" y "El alcoholismo".

Esta "Andalucía" de "... aloclearo" es una Andalucía clara. La lectura y reflexión de sus pocas páginas enseña mucho. Obra de numerosos autores: Pope Godoy y J. M. García Maudíño, una docena de colaboradores, media docena —entre ellos un colectivo— de "críticos a los borradores" y dos coordinadores, que son Enrique del Río y Antonio Albarrán (dos parecen pocos para coordinar semejante legión).

En el libro se estudia cómo es Andalucía (rica, pero empobrecida), cómo está (fatal), su cultura, su historia y su futuro. Un anexo describe sucintamente las ocho provincias e incluye el himno. Figura también una bibliografía de actualidad, con alguna errata de más y algún título de menos.

El cuaderno cumple su función vulgarizadora con dignidad. Los no andaluces acaso encuentren excesivo su tono voluntarista. Pero los hechos expuestos trascienden por su propia fuerza el carácter de recetario reivindicativo, necesario, sin duda, en una publicación hecha con afanes de movilizar conciencias y de superar complejos de inferiori-



dad alimentados con hambre (curioso y paradójico alimento). Ese carácter explica el continuo uso de comparaciones para bien o para mal. Unas y otras sirven de acicate para este deso de transformar la realidad que anima a los numerosos autores. La palanca transformadora es el conocimiento (y el libro lo da), movida por la fuerza de "sentirse orgulloso de ser andaluz". ■ V. M. R.